

LOS FACTORES “EXTRAPOLÍTICOS” DE LA CARRERA POLÍTICA: UNA APROXIMACIÓN A LAS SOCIABILIDADES DE LOS MINISTROS DE LA NACIÓN EN LA ARGENTINA (1854-2011)

Guido Ignacio Giorgi (giorgiguideo@yahoo.com.ar)

Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL)

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CEIL-CONICET)

El artículo se propone abordar el estudio de las bases relacionales de las trayectorias políticas de los ministros de la Nación en la Argentina (1854-2011). Eludiendo la demarcación entre objetos políticos y objetos no políticos, se analizan los principales entramados de socialización y sociabilidad por fuera del sistema político y del sistema de partidos. De dicho trabajo emergen seis perfiles típicos ligados a sendos espacios sociales: los *herederos*, los *alumni*, los *clubistas*, los *fieles*, los *expertos* y los *patrones*. De esta manera, obtenemos indicios de los factores “extrapolíticos” que desbordan las estructuras partidarias y los juegos electorales, y que tienen un papel significativo en la génesis y el desarrollo de las trayectorias políticas.

Palabras clave: *gabinete nacional, ministros, Argentina, sociabilidades y redes sociales y sociología política.*

THE "EXTRA POLITICAL" FACTORS IN POLITICAL CAREER: AN APPROACH TO NATIONAL CABINET MINISTERS SOCIABILITIES IN ARGENTINA (1854-2011)

This paper aims to study the social basis of political careers of those who served as ministers in the in Argentina (1854-2011). Avoiding the differentiation between political and non-political objects, we analyze the main networks for socialization and sociability both outside the political sphere and within the party system. From this analytical work six typical profiles emerge: the *heirs*, the *alumni*, the *clubists*, the *faithful*, the *experts* and the *bosses*. This allows us to obtain evidence of “extrapolitical” factors that go beyond political parties and electoral competition and which play a significant role in the origins and development of political trajectories.

Keywords: *national cabinet, ministers, Argentine, sociabilities, social networks, political sociology.*

Introducción¹

En los estudios sobre el personal político, es frecuente que los investigadores procedan como si fuera posible aislar el conjunto de factores propiamente políticos de aquellos elementos “extrapolíticos”, los cuales son relegados a un lugar secundario en tanto no interesan al análisis de la política, lo político y los políticos. De esta manera se construyen esferas de actividad que delimitan un adentro y un afuera no sólo para los actores, sino también para los investigadores mismos, instalando *ex ante* tabiques analíticos.

El objetivo de este artículo es demostrar que, para la comprensión de las trayectorias de los ministros en particular y del personal político en general, las redes y sociabilidades “extrapolíticas” son tanto o más relevantes que aquellos factores en los que suele concentrarse el análisis de lo político, las instituciones políticas y el carrerismo político².

Esto nos lleva a discutir la capacidad explicativa *urbi et orbi* del postulado que coloca a los partidos políticos como los principales ámbitos de socialización política, dentro de los cuales tendría lugar la carrera política de los políticos, como parte del sistema o campo político que contiene a toda actividad de esa naturaleza. No pretendemos negar el rol central de las instituciones políticas, ya que numerosos trabajos han demostrado que ciertos espacios sociales operan con lógicas propias, relativamente autónomas y distinguibles de otras. Sin embargo, el entrecruzamiento entre lo político, lo religioso, lo cultural y lo económico suele ser más frecuente de lo reflejado por la teoría social y política. Sin confundirlas en el análisis, no debemos considerarlas esferas esencialmente diferenciadas que, tal como lo sagrado y lo profano, no puedan rozarse sin perder su naturaleza. Ante esto, surge el siguiente

¹ Este artículo forma parte de la investigación doctoral que llevo adelante sobre los modos de acceso a altos cargos del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación entre 1994 y 2011, en el Doctorado en Ciencias Sociales (UBA) en cotutela con la École des Hautes Études en Sciences Sociales (Paris), gracias al financiamiento de una Beca Doctoral de CONICET bajo la dirección de Fortunato Mallimaci y Luis Donatello. Agradezco las lecturas que Luis Donatello, Federico Lorenc Valcarce, Diego Pereyra, Carolina Montera y Joaquín Algranti realizaron a versiones preliminares de este trabajo. Más allá de sus valiosos aportes, el contenido del artículo es responsabilidad mía.

² Apelamos a la noción de *factores extrapolíticos* como recurso argumentativo para referirnos de manera general a todo aquello considerado como “inespecífico” en la construcción de los objetos “políticos”. Justamente, el argumento que subyace a este artículo es que no existen fronteras entre lo político y lo no político, sino que ese límite es un constructo sometido a continuas luchas de fuerza y de sentido por definirlo en cada momento histórico (Déloye, 2004).

interrogante: ¿qué otro tipo de entramados sociales diferentes de los partidos políticos sustentan los vínculos políticos?

Este interrogante se sitúa más allá del debate sobre la pérdida de centralidad de los partidos políticos (Cheresky, 2006). La pregunta por las bases relacionales de la política es válida tanto para un sistema de partidos consolidado como para situaciones de baja institucionalización de los partidos. De lo que se trata es de estudiar las formas de organización de la vida política argentina, ponderando junto a la lógica partidaria las lógicas asociativas que anteceden, se desarrollan en paralelo y sobreviven a la vida partidaria. Éstas no explican la carrera política en sí misma, pero sí son relevantes para una comprensión sociológica de la actividad política.

En este sentido, el estudio de sociabilidades es una estrategia metodológica que habilita la reflexión sobre los factores extrapartidarios de lo político. Entre otras cuestiones, las sociabilidades están en la génesis de las disposiciones hacia la política y lo político; en la incorporación de habilidades; en la producción y reproducción de lazos sociales; en la adquisición de recursos materiales y simbólicos –credenciales de distinto tipo, contactos, títulos, prestigio o reconocimiento políticamente efectivo–; y en la generación de oportunidades y circulación de información. En particular, en este artículo recuperaremos los últimos tres puntos en el estudio de seis redes de sociabilidades que han servido de base relacional de las carreras políticas de los hombres y mujeres que llegaron al cargo de ministro en el gobierno nacional argentino entre 1854 y 2011.

El plan de trabajo es el siguiente. Primero, revisaremos las principales estrategias teórico-metodológicas a partir de las cuales se han estudiado a las élites políticas. Luego, argumentaremos la relevancia de la perspectiva de sociabilidades y redes. Y finalmente, identificaremos las principales redes de sociabilidades de inserción y circulación de los ministros de la Nación. A través de ellos daremos un primer paso para comprender los fundamentos sociológicos de las trayectorias políticas.

1. De los partidos políticos a las redes de sociabilidades

El cargo de ministro de la Nación es de las posiciones más altas dentro del sistema político nacional. Comprende a la fracción del personal político designado al frente de un ministerio de la Nación. Esta posición político-administrativa implica una doble responsabilidad: al mismo tiempo que es la máxima autoridad administrativa de la oficina pública que encabeza, el ministro es su responsable político frente al Presidente de la Nación, ante quien debe rendir cuentas.

Estos cargos ejecutivos no son disputados de forma directa a través de la competencia electoral. El caso argentino presenta ciertas particularidades propias de un presidencialismo puro. La Constitución Nacional establece que el Presidente de la Nación tiene plena potestad en el nombramiento y remoción de los ministros del gabinete nacional (artículo 99). Esto marca una diferencia significativa respecto de otros presidencialismos en los que el Senado puede refrendar o rechazar la nominación presidencial —como el de los Estados Unidos—, o de los sistemas parlamentarios en los cuales la designación de miembros del gabinete está sometida a las negociaciones con el Parlamento y suele requerir de la aprobación de éste o del Jefe de Estado (Ware, 1996; De Luca, 2011). Por ello, en el caso argentino los mecanismos de promoción, designación y remoción de los ministros no dependen ni formal ni directamente de comicios electorales, sino de factores más oscuros y complejos. Estos mecanismos deben ser analíticamente distinguidos de los que rigen el juego electoral, sea para cargos ejecutivos como legislativos³.

1.1. Desencastramiento y reencastramiento de los profesionales de la política

Como parte del personal político, los miembros del gabinete han sido estudiados desde diversas perspectivas disciplinarias. Al repasarlas, podríamos situarlas en un continuo que nos lleva desde un análisis centrado en las instituciones y prácticas propiamente políticas, hasta miradas que ponen el eje en la base relacional de lo político. Para los fines de este artículo, privilegiamos un recorrido teórico-metodológico a un balance de las investigaciones empíricas del gabinete para el caso argentino, tarea que emprenderemos con mayor detalle en otro trabajo en preparación. Digamos brevemente que la academia argentina ha abordado el estudio de los elencos de gobierno ministeriales desde tres grandes perspectivas: la ciencia política indaga sobre los rasgos y funcionamiento de las instituciones políticas, entre ellas el gabinete nacional como parte del Poder Ejecutivo (por ejemplo: de Luca, 2012; Zelaznik y Bonvecchi, 2012); otro enfoque es el de la historiografía de las burocracias estatales que ha producido numerosos trabajos sobre oficinas públicas concretas (para un resumen: Bohoslavsky y Soprano, 2010); y finalmente, los estudios sociológicos del personal político y las élites políticas están avanzando sobre los

³ Los sistemas electorales y los sistemas de partidos constituyen dos núcleos de los estudios politológicos de la política, en el que la competencia electoral es la principal dimensión de la competencia política (Cox, 2004; Calvo y Escobar, 2005). Nuestro trabajo se ubica en una sociología política que pretende iluminar las bases relacionales de la política.

ministros y los ministerios (desde de Ímaz, 1964 hasta Heredia, Gené y Perelmiter, 2012). Aun cuando abrevemos en las tres perspectivas, nuestro trabajo se sitúa en el último enfoque, ya que nos interesa estudiar a los altos cuadros de gobierno y no a los ministerios en sí mismos.

La ciencia política ha privilegiado como objeto de estudio a los partidos políticos para pensar la competencia por los cargos políticos. Los partidos serían los principales actores del sistema político, y al mismo tiempo los lugares por excelencia de socialización y promoción política en las modernas sociedades contemporáneas. Su principal actividad sería la competencia electoral por los votos para colocar a sus candidatos en cargos públicos (Panebianco, 1990; Sartori, 1992; Ware, 1996; Mainwaring y Scully, 2000).

Esta definición deja de lado relevantes dimensiones propias de la vida partidaria que se sitúan por fuera de la actividad electoral. Nutriéndose de la teoría de las organizaciones, varios investigadores han ampliado la mirada sobre los partidos políticos al concebirlos como organizaciones complejas, cuyos ámbitos de acción comprenden un frente interno y otro externo a la organización (Alcántara y Freidenberg, 2003: 17-24). De todas maneras, la actividad política está contenida entre las fronteras de las estructuras partidarias, y éstas dentro del sistema político.

Asociado a lo anterior, las trayectorias de los agentes son abordadas desde el enfoque de *carrerismo político*. Según éste, la carrera se rige por el cálculo político, en el cual intervienen dos tipos de factores que moldean e incentivan las ambiciones y estrategias individuales: factores institucionales que generan oportunidades políticas y factores personales concernientes a los rasgos individuales (Freidenberg, 2011; Lodola, 2009). En este sentido, el político es considerado un buscador de cargos públicos (*office seekers*), cuyo único interés es el beneficio material que éstos le reportarían (Schlesinger, 1975: 843; Mansergh y Thompson, 2007: 311). Al mismo tiempo, la idea de Schumpeter acerca de que el político profesional es aquel que “trata con votos” ocupa un lugar central en la caracterización contemporánea de los políticos. Esta modelización de la actividad política goza de extendido consenso entre los investigadores.

Sin negar el peso que poseen los partidos como las principales instituciones políticas y las elecciones como “momento fuerte” de la política, es posible plantear tres observaciones respecto del lugar central que ambos ocupan en el análisis de la circulación del personal político.

En primer lugar, el sistema de partidos argentino se ha caracterizado históricamente por su debilidad y baja institucionalización, lo cual le quita fuerza como centro organizador de la actividad política. Advirtiendo esto, diversos autores han resaltado la necesidad de estudiar las estructuras políticas informales para casos como el argentino (Welsh, 1970; Levitsky, 2003; Freidenberg y Levitsky, 2007).

En segundo lugar, el modelo de carrerismo, construido a partir del caso estadounidense, debe ser ajustado a las prácticas políticas en América Latina (Botero, 2011). Mientras que para algunos casos nacionales la idea de carrera política es analíticamente muy fructífera, como demuestran los trabajos de Marengo y Serna (2007) para los casos de Chile, Brasil y Uruguay, en sistemas políticos como el argentino las trayectorias políticas se desarrollan de manera mucho más dispersas, multiposicionalmente respecto de los espacios de acumulación de recursos políticamente efectivos. En tercer lugar, más importante aún es notar que restringir lo político a lo electoral excluye múltiples dimensiones del fenómeno político. Ocupar un cargo electivo es sólo una de las formas de “vivir de” y “para” la política; existen otras maneras que se desarrollan por fuera tanto de las estructuras, recursos y oportunidades partidarias.

Descentrando el análisis de las instituciones del sistema político, pero manteniendo la idea que la actividad política se organiza con fronteras definidas, desde la sociología política francesa se ha reelaborado la línea de análisis de profesionalización de la política lanzada por Max Weber (1980). Desde esta aproximación, la política es concebida como una esfera de actividad relativa y crecientemente autónoma, regida por lógicas de funcionamiento propias, aunque atravesada por determinantes biográficos y sociológicos *externos*. El concepto central es el de campo o mercado político, espacio estructurado de luchas y de fuerzas regido por determinadas reglas, creencias y posiciones, en el que se disputa un capital específico, el capital político, pero en el que intervienen capitales de otro tipo, como el educativo (Bourdieu, 1981 y 1989; Offerlé, 1999 y 2004).

Desde este enfoque, las trayectorias y la composición de capitales predisponen el curso de la carrera política. En las estrategias políticas individuales juegan un papel importante los recursos exteriores al campo político, originados en compadrazgos escolares, amistades sindicales, franjas generacionales, camaraderías regionales, afinidades sociales y éticas y azares socialmente condicionados (Offerlé, 2004). En un esfuerzo de sistematización, Joignant (2012) ha distinguido las especies de capital que configuran distintos tipos de agentes políticos: los herederos –capital familiar–, el dirigente estudiantil –capital universitario–, el hombre de partido –capital político militante–, el político profesional –capital político oligárquico–, los tecnócratas

pragmáticos o políticos –capital tecnocrático–, el *technopol* –capital tecnopolítico–, la celebridad –notoriedad– y el líder carismático –carisma.⁴ En complementariedad a esta tipología de capitales construida de manera teórica (Joignant, 2012: 609), puesta a prueba en este artículo, nos concentraremos en los entramados de sociabilidad que transitaban las personas que ocuparon un cargo de ministro y que nos hablan, por su recurrencia, de cierta relevancia en sus carreras políticas.

En este sentido, junto a esta dimensión instrumental que recupera lo “no político” como capital políticamente acreditable, las experiencias sociales de los agentes son factores que influyen más profundamente en la trayectoria política. Daniel Gaxie (1980 y 1983) ha demostrado el estrecho vínculo entre las características sociales de los agentes políticos y el desarrollo de cierto tipo de carrera política. Esto se debe a que el compromiso político está fuertemente marcado por las experiencias acumuladas a lo largo de las trayectorias y los ambientes sociales transitados (Gaxie, 2002; Mahler, 2006). La importancia de los recorridos biográficos es señalada por Anthony King (2002), quien acude a la categoría *outsider* para dar cuenta de líderes políticos –como Margaret Thatcher– que acceden a altos cargos por fuera de las organizaciones partidarias. Por todo lo anterior, el estudio de los agentes políticos debe abordar comprensivamente las visiones del mundo, preferencias políticas e ideológicas, esquemas de percepción y de apreciación, así como las socializaciones, los orígenes familiares y trayectorias sociales, las pertenencias profesionales, religiosas, étnicas, asociativas y sindicales, los compromisos militantes o el azar de la vida de los individuos (Gaxie, 2002: 147).

En lugar de aceptar la tensión epistemológica entre el desencastramiento social de la práctica política (implícito en la tesis de la autonomización de la política, sea en su versión politológica –sistema político– o sociológica –campo político–) y su reencastramiento (que supondría diluir toda especificidad de lo político), proponemos un trabajo pendular que, sin restringirse a una u otra concepción, dé cuenta de forma relacional de la especificidad y los cruces entre distintos espacios sociales. La apuesta teórica de este artículo es situarse en los intersticios de estas formas de estudiar lo político, descartando la distinción *a priori* entre factores, agentes y estructuras *políticos* y aquellos *no políticos*, en tanto “la segregación de lo que podemos llamar ‘política’ no es un supuesto en la construcción de nuestros objetos de análisis, sino el resultado de la investigación misma” (Lorenc Valcarce, 2011: 242).

⁴ En el mismo sentido, González-Bustamante (2013) considera la estructura de capitales políticos, sociales y culturales como factores de acceso y permanencia en altos cargos gubernamentales.

Un ejemplo de un estudio de la base relacional del personal político es el trabajo de José Luis de Ímaz (1964) sobre las élites argentinas. De Ímaz estudió las características socio-demográficas de los grupos dominantes en distintas esferas de actividad (empresarios, políticos, miembros del gobierno, militares, jerarquía de la Iglesia católica, sindicalistas), arribando a la conclusión que en la Argentina de mediados del Siglo XX no existía una élite dirigente, dando lugar a una crisis de conducción. Dos serían las causas del “fracaso”. Por un lado, habían desaparecido los espacios de socialización comunes, por lo que las élites oligárquicas de antaño fueron reemplazadas por élites especializadas con pocos o nulos puentes de comunicación. Por otro lado, dicha generación dirigencial carecía de la “base para mandar”, para dirigir el Estado moderno, habilidades que en parte son aprehendidas. Ambas cuestiones resultaban de las transformaciones de las bases relacionales de los miembros de los grupos dirigentes, producto del proceso de masificación de las estructuras sociales y políticas que atravesó la Argentina entre las décadas de 1880 y de 1930.

1.2. Sociabilidades y redes sociales

En función de lo anterior, nos proponemos dar cuenta de las bases relacionales de las trayectorias de los ministros. El reencastamiento de la actividad política no debe limitarse a dar cuenta del contexto de la acción política, sino a situar a los agentes y a sus prácticas en los entramados sociales que constituyen sus condiciones y de las que son producto.

El retorno del estudio de lo político hacia el entramado de relaciones sociales supone la dislocación de la frontera entre lo político y otras “categorías” de lo social: lo religioso, lo económico, lo cultural, entre otros (Cucchetti, 2005). Este quiebre de los límites que obstaculizan el conocimiento de lo político es asunto de los investigadores, ya que el sentido práctico de los actores suele ser menos respetuoso de las fronteras de los campos. Como advertía Bourdieu sobre el efecto teoría, no hay que confundir las cosas de la lógica con la lógica de las cosas.

Todo lo anterior encuentra su traducción teórico-metodológica en el estudio de los entramados sociales, más concretamente a partir de las nociones de *sociabilidades* y de *redes sociales*. Ambas remiten a conjuntos particulares de lazos sociales –dentro del entramado de relaciones sociales en las que están insertos los agentes– de carácter más o menos estable –que trascienden la mera interacción. La distinción entre

sociabilidad y red reside principalmente en los diferentes grados de fuerza, estabilidad e instrumentalidad del lazo social.⁵

Para operacionalizar los conceptos, definimos a las *sociabilidades* y a las *redes* como entrelazamientos que agrupan y asocian a los individuos entre sí en conjuntos más o menos cohesivos, más o menos estables, más o menos numerosos (Aguilhon, 1981). Estos vínculos delimitan circuitos de intercambio de recursos individuales y colectivos, afectando el flujo de información –obstaculizándola, transmitiéndola, legitimándola–; generan y sostienen la confianza; y son fuente de castigos y recompensas interpersonales. También, proveen máximas de acción mediante ejemplos y consejos; ofrecen potenciales recursos individuales y colectivos; y presentan delimitaciones a la acción (Granovetter, 1983 y 2005; Bidart, 2008). Integrado con un análisis de las trayectorias se puede comprender el proceso de salida y reconversión de los individuos (Tissot, 2004), a la vez que facilita el análisis dinámico de la multiposicionalidad de los actores, que implica modos de acceso, prácticas y habilidades distintas (Boltanski, 1973). Finalmente, redes y sociabilidades pueden institucionalizarse en organizaciones formales, que a su vez pueden ser pensadas en términos de redes sociales (White, 2000: 98). En este sentido, concebimos a los partidos políticos como redes de relaciones cuyas lógicas de funcionamiento, códigos y normas se rutinizaron e institucionalizaron; por lo tanto no constituyen objetos de estudio epistemológicamente distintos a los entramados sociales que trataremos a continuación.⁶

¿De qué manera las redes y sociabilidades importan para el estudio de las carreras políticas? El estudio de las bases relacionales de la política nos permite comprender: a) la internalización de disposiciones hacia la política y lo político; b) la incorporación de habilidades políticas; c) la producción y reproducción de lazos sociales; d) la adquisición de recursos materiales y simbólicos –credenciales de distinto tipo, contactos, títulos, prestigio o reconocimiento; e) la generación de oportunidades y circulación de información. En particular, en este artículo recuperaremos los puntos c), d) y e) en el estudio de seis redes de sociabilidades que han servido de base relacional de las carreras políticas de los hombres y mujeres que llegaron al cargo de ministro.

⁵ Excedería a este trabajo un balance bibliográfico sobre estos dos conceptos. Remitimos a estudios que trabajan desde la perspectiva de sociabilidades (Simmel, 1949; Aguilhon, 1981; Canal, 1993; González Bernaldo de Quirós, 2004; Gayol, 2007) y otros que lo hacen desde la perspectiva de redes (Granovetter, 1983 y 2005; Bidart, 2008; Forsé, 2008; Tilly, 2010).

⁶ La noción de capital social de Pierre Bourdieu es cercana al enfoque aquí propuesto, entendiéndola como la capacidad incorporada de entablar y mantener relaciones. La concentración de capital social tiene un efecto multiplicador de los beneficios del pertenecer (Bourdieu, 1980).

2. Redes y sociabilidades de ministros

De acuerdo a las sociabilidades y espacios en los que participan los ministros, podemos identificar ciertos perfiles individuales que remiten a regularidades en las lógicas asociativas sobre las cuales se producen las trayectorias de los individuos que llegaron a las altas cumbres del gobierno. Se trata de entramados en los que los actores circulan, estableciendo un tejido social constituido por vínculos débiles o fuertes, en el que se insertan de maneras múltiples. Al mismo tiempo, ellos no son mutuamente excluyentes, ya que los actores suelen participar de más de una de estas redes. De hecho, por cuántas más redes circulen, mayor serán los recursos movilizables.

La perspectiva de trabajo a la que acudiremos se denomina “prosopografía generalizada”, la cual aborda sociográficamente las características y atributos de los miembros del conjunto social estudiado, identificando dimensiones de análisis significativas y dándoles un tratamiento no estadístico, sino comprensivista y cualitativo (Bertrand, 1999; Ferrari, 2010). La principal fuente es una matriz de datos de elaboración propia que recopila datos sociodemográficos y de trayectoria de los hombres y mujeres que ocuparon el cargo de ministro de la Nación en la República Argentina entre 1854 y 2011.⁷

Este trabajo nos permite identificar seis tipos emergentes, que constituyen una cartografía tentativa general sobre los elencos de gobierno en la Argentina.⁸ Ciertamente, esto no agota la investigación sociológica respecto de las sociabilidades y mecanismos de encumbramiento político. En otros trabajos hemos interrogado el

⁷ Para el estudio prosopográfico de los ministros de la Nación, trabajamos con una matriz de datos de elaboración propia que comprende a todos los individuos que ocuparon al menos un día el cargo de ministro en el gabinete nacional entre 1854 –año en que asume el primer gobierno nacional regido por la Constitución de 1853– y diciembre de 2011 –finalización del período presidencial más reciente. La matriz comprende un universo empírico de 636 personas y 916 designaciones de ministros a lo largo de 157 años. En términos formales, se trata de un censo y no de una muestra, porque pretende cubrir empíricamente al conjunto del universo. Al momento de escritura de este artículo, el grado de avance de los datos recopilados representan al 87,56% del total de ministros. La elaboración de este tipo de bases de datos es un trabajo complejo, que requiere de una gran masa de información que no está unificada. Para ello, hemos trabajado con diversas fuentes: diccionarios biográficos, enciclopedias universales, notas necrológicas, artículos de diarios y currículum vitae –para casos más recientes. También, una gran cantidad de trabajos académicos aportaron valiosos datos biográficos que fueron incorporados.

⁸ Cada nombramiento ministerial remite a un fenómeno empíricamente mayor al caso particular, ya que conlleva detrás de sí el acceso de un conjunto de colaboradores a diversos cargos en el ministerio (asesores, secretarios, subsecretarios, personal administrativo). Esta distribución interna de cargos responde a la relación de poder establecida en cada momento entre las distintas facciones que confluyen en la gestión.

mismo objeto empírico desde enfoques y recortes complementarios, permitiéndonos iluminar otras facetas del mismo fenómeno.⁹

2.1. Los *herederos*: las estructuras de parentesco de la política

Los vínculos de parentesco constituyen el primer ámbito de socialización política y una fuente de recursos para maniobrar tanto política como socialmente (Wolf, 1990: 24). Los *herederos* políticos son aquellos individuos que provienen de entornos familiares en los que la actividad política forma parte del repertorio de prácticas posibles y deseables, que se transmite entre generaciones sea por un deber parental, sea por la atracción que transmiten entre sus cercanos aquellos que la practican. Los *herederos* se caracterizan porque disponen de una herencia política, a través de “distintos bienes, capacidades y conocimientos transmitidos ‘desde la cuna’” que comprenden “desde un conjunto de relaciones que facilitan la carrera individual a un *savoir faire* que [...] permite que un individuo se conduzca en este ámbito con familiaridad” (Ferrari, 2008: 178). En términos más concretos, este capital familiar brinda acceso a “redes, reputación, clientelas, conexiones con donantes de dinero para eventuales campañas” (Joignant, 2012: 607). Cuando la pasión por la política, los contactos y los recursos políticos se transmiten entre más de dos generaciones, se podría hablar de *dinastías políticas*. Este fenómeno señala a las claras la capacidad socializadora del medio social doméstico.

La relación entre política y vínculos primarios puede tomar dos formas similares pero distinguibles: el proceso de *polítización* de los vínculos primarios refiere al avance de lo político en la esfera familiar y amical, una suerte de elemento que penetra desde el exterior; la *politicidad* da cuenta del carácter intrínsecamente político de determinados ambientes primarios, en los cuales aquél forma parte “natural” de la esfera familiar. En este segundo caso hablamos de *herederos* políticos. Para el *heredero* suele ser mucho más fácil iniciar una carrera política y avanzar en ella con menos dificultades; también, el heredero mantiene una “actitud natural” —en términos de Alfred Schutz— ante la actividad política, ya que ésta forma parte de su mundo cotidiano y por ello requiere de él una menor inversión subjetiva para desenvolverse en ella.

⁹ Podemos mencionar a Giorgi y Mallimaci (2012), Giorgi (2014) y mi tesis de doctorado, en la que tomo como caso de estudio a los altos cuadros de gobierno de un ministerio en particular, inscrito en una división social del trabajo político.

El denominado Régimen Conservador (1880-1916) ha sido caracterizado como un “gobierno de familias”, esto es, “una relación entre lo público y lo privado en virtud de la cual el control del gobierno dependía de los vínculos de parentesco que entre sí tejían determinadas familias” (Botana, 1998: 70-71). Estas familias patricias conformaban un entramado social en el que se combinaba riqueza, prestigio social y poder político. Por ello, varios autores hablan de “oligarquía” o “aristocracia”. De cualquier manera, apellidos ilustres conformaban una red de familias tradicionales de las que surgieron una parte importante de los gobernantes, entre ellos varios ministros: Alvear, Anchorena, Bosch, Bullrich, Bunge, Cané, Irigoyen, Cullen, Duhau, Martínez de Hoz, Montes de Oca, Pueyrredón, Ramos Mejía, Rodríguez Larreta, entre otros.

La familia Uriburu forma parte de estas redes de familias gobernantes. Los tomaremos para ilustrar la politicidad de los vínculos primarios.¹⁰ Originarios de la provincia de Salta, cuatro de sus miembros fueron ministros de la Nación, uno de ellos también Presidente, y un quinto, Presidente de facto. La familia se completa con otros políticos que fueron gobernadores de Salta, Formosa y Chaco, miembros del parlamento nacional y otros cargos nacionales y provinciales. De los cuatro Uriburu ministros, José Evaristo (ministro provincial, 1861-62; ministro nacional, 1867-68; tres veces diputado de la Nación y dos veces senador; vicepresidente de la Nación, 1892-95, y Presidente, 1895-98) y Francisco (diputado nacional, 1872; ministro provincial, 1881-82; ministro de la Nación, 1890; interventor provincial, 1892, y senador nacional, 1898-1906) eran primos hermanos. José Evaristo acogió a Francisco en Buenos Aires, y junto a Miguel Ortiz (ministro nacional en 1914-16) formaron una suerte de delegación salteña en la capital. Por su parte, José Félix, sobrino de Francisco y José Evaristo e hijo de un ex gobernador de Salta, siguió la carrera militar, para luego ser el primer Presidente de facto de la Argentina moderna. Durante su gobierno, José Félix designó como ministro de la Nación a su primo hermano Enrique –1931-32–, hijo de Francisco. Uno de sus hijos, José Alberto, fue ministro del Presidente Carlos Menem –1999.

Ciertamente, el recorte por apellido es extremadamente restringido, ya que sólo nos permite ver una pequeña porción de las estrategias familiares de ascenso y reproducción social. Un análisis profundo requeriría indagar, por ejemplo, en el mercado matrimonial. En una rigurosa investigación sobre las pautas matrimoniales de las familias tradicionales hacia principios del Siglo XX, Leandro Losada encontró que las familias de la alta sociedad fueron paulatinamente mutando desde una endogamia de apellidos tradicionales

¹⁰ Un estudio detallado sobre la familia Uriburu puede encontrarse en Fernández Lalanne (1989).

hacia un patrón endogámico pero abierto a familias de similar status económico o social, pero diferente origen social. Esto se debería a la declinación de las familias tradicionales entre los grupos dominantes (Losada, 2012). Podemos ilustrar las estrategias matrimoniales a principios del Siglo XX con los Uriburu: José Evaristo selló su alianza con el ex Presidente Julio Argentino Roca al casar a su hijo José Evaristo con Agustina Roca, mientras que otra de sus hijas, Eleonor, hizo lo propio con un Anchorena. A su vez, Enrique, hijo de Francisco, enlazó con la hija del entonces Presidente de la Nación Manuel Quintana.

El acceso al poder político a través de vínculos familiares no es ni un fenómeno del pasado, ni es exclusivo de sistemas políticos de débil institucionalización.¹¹ Durante el Siglo XX, el parentesco siguió favoreciendo las carreras políticas. Por ejemplo, la familia Lanusse ha tenido tres de sus miembros en cargos ministeriales. Durante la presidencia interina de José María Guido –1962–63–, el Ministerio de Defensa fue ocupado sucesivamente por dos primos lejanos, Adolfo Lanús (ex gobernador, diputado, embajador) y Ernesto Lanusse. Ambos habían ocupado cargos en el gobierno nacional desde 1955. Antonio Lanusse, otro primo, ocupó la misma cartera pero con Onganía, luego de haber sido Secretario de Estado de Transporte. Cuando el miembro más conocido del clan Lanusse, Alejandro Agustín, llegó a Presidente de facto en 1972, su primo hermano Ernesto volvió a la función pública como titular del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y luego como ministro de Agricultura. El clan Lanusse contó, además, con tres gobernadores, un vicegobernador, cuatro diputados, dos generales de la Nación y dos diplomáticos de carrera.

Los Uriburu y los Lanusse son ejemplos de un fenómeno más extendido. Varias son las familias que han aportado más de un ministro, como los Padilla (3 generaciones), y no es infrecuente que algunas familias cuenten con sucesivas generaciones de ministros: Astigueta (3), Pinedo (2), de Iriondo (2), Storani (2), Taiana (2) y Cafiero (2). Incluso, desde 1983 hasta la fecha, todos los presidentes surgidos de las urnas han nombrado a familiares directos en altos puestos ministeriales: Raúl Alfonsín designó a su hermano Fernando Serafín Alfonsín como secretario de estado; Carlos Menem nombró ministro a su hermano Eduardo; Fernando de la Rúa a su hermano Jorge; y Néstor Kirchner a su hermana Alicia, confirmada en su cargo por su cuñada, Cristina Fernández de Kirchner.¹²

¹¹ Basten los ejemplos de la familia Bush en los Estados Unidos o Le Pen en Francia.

¹² Por cuestiones de espacio hemos privilegiado la politicidad de los lazos de parentesco; resta dar cuenta de la politización de medio social doméstico, fenómeno distinto en la socialización de cuadros políticos.

2.2. Los *alumni*: sociabilidades escolares

Las ciencias sociales han estudiado extensamente el rol socializador que cumplen las instituciones educativas de nivel primario y secundario. En ciertos círculos sociales, la elección de las instituciones escolares constituye una estrategia familiar de construcción de *status* o de conservación de capitales ya alcanzados (Tiramonti y Ziegler, 2008). En el segundo caso, la sociología ha hablado de herederos —no en los términos utilizados en este artículo—, quienes comienzan a capitalizar la herencia familiar a través de la escuela.

Las sociabilidades escolares suelen ser ámbitos propicios para el establecimiento de lazos de largo alcance. Estos incluyen desde la amistad hasta vínculos débiles —en términos de Granovetter— que conforman la agenda de posibles contactos recuperables en distintas situaciones a lo largo de una trayectoria. A esto llamamos comunidad de *alumni*. Al mismo tiempo, ciertas instituciones educativas tradicionalmente involucradas en la vida pública local son propicias para generar cierta disposición al compromiso con la cosa pública, empujando a sus egresados a participar de empresas colectivas, dentro de las cuales se destacan en parte por la red de contactos generados en esos entramados escolares.

El Colegio Nacional de Buenos Aires (CNBA) es una de las instituciones más tradicionales en lo que respecta a la formación del personal político argentino. De sus claustros egresaron desde Luis de la Peña, primer canciller designado en 1854, hasta Martín Lousteau Heguy y Jorge Taiana, ministros del primer gobierno de Cristina Fernández, teniendo presencia en prácticamente todos los gobiernos nacionales.¹³ El relevamiento parcial que realizamos en el listado de graduados indica que por lo menos el 10% de los nombramientos de ministros entre 1854 y 2011 correspondió a egresados del CNBA.¹⁴ Dicho efecto socializador del personal político es similar al que cumplen a nivel provincial instituciones tales como los colegios del Uruguay en la provincia de Entre Ríos y Montserrat en la provincia de Córdoba. No obstante, el acceso al gobierno nacional pareciera ser más sencillo si la socialización educativa —secundaria y universitaria— trascurre en Buenos Aires. Otras instituciones públicas de

¹³ Para un estudio profundo sobre el CNBA y su rol de socializador de élites, ver los capítulos IV y XII del libro de Alicia Méndez (2013).

¹⁴ Sobre 916 nombramientos, contamos con al menos 96 graduados del CNBA, del Colegio Eclesiástico y del Colegio San Ignacio, anteriores denominaciones del primero. Con seguridad la proporción es mayor, dado que la principal fuente que utilizamos para construir este dato no está consolidada y comienza en 1863, cuando se refunda el CNBA; de todas maneras, buscamos reconstruir el dato anterior a 1863 por otras fuentes.

la Ciudad de Buenos Aires, como la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini¹⁵ o el Colegio Mariano Moreno, han tenido un rol aunque menor, en la socialización de los futuros ministros.

Al igual que lo sucedido con la Universidad de Buenos Aires (UBA), estos establecimientos educativos han ido perdiendo el monopolio de la función socializadora de los grupos dirigentes. En la primera mitad del Siglo XX surgieron otras instituciones como los colegios del Salvador, Champagnat y La Salle y más recientemente el Cardenal Newman que compiten con cierto éxito para educar a los grupos dominantes. En la mayoría de los casos se trata de instituciones confesionales, lo que implica una convergencia con las sociabilidades de fieles que veremos en el punto siguiente.

Es frecuente que este tipo de colegios busquen imprimir entre sus egresados un fuerte sentido de pertenencia. Esto es justamente lo que convierte a simples estudiantes en alumni: miembros de una comunidad moral que trasciende la escolarización formal, fundada en la experiencia fuerte de compartir la adolescencia. La comunidad de alumni se reactualiza constantemente a través de asociaciones de ex-alumnos, a cargo de organizar reuniones periódicas y actividades varias, distribuir publicaciones, ofrecer servicios, beneficios, etc. Como han mostrado diversas investigaciones sobre la conformación de redes entre miembros de las categorías dirigentes, ciertas instituciones generan una complicidad tácita que sirve como vehículo entre distintos puntos del aparato estatal, la dirección de empresas y otros espacios de poder (Bourdieu, 1989; Ziegler y Gessaghi, 2012).

Observaciones similares pueden realizarse en el ámbito universitario. Si bien los vínculos que allí se establecen son de distinta naturaleza que los del tramo educativo durante la adolescencia, en algunos casos también sirven de base a vínculos –débiles o fuertes– de largo alcance. Por ejemplo, la Facultad de Derecho de la UBA aparece como un espacio privilegiado de formación y sociabilidad de políticos y funcionarios públicos: por sus aulas pasaron 4 de cada 10 ministros con título universitario. A nivel subnacional, es frecuente que en las universidades públicas provinciales converjan las futuras clases dirigentes locales, estableciendo vínculos previos al de las instituciones políticas. Un

¹⁵ En particular, de la Escuela Carlos Pellegrini han egresado cuadros con perfiles técnicos, y no tanto de liderazgo social o político, desde varios de los expertos en economía que dirigieron las políticas económicas de la primera presidencia de Juan Domingo Perón (Alfredo Gómez Morales, Ramón Cereijo y Roberto Ares), hasta ministros de Trabajo (Rubens San Sebastián o Carlos Tomada). En este sentido, esta institución ha tenido un peso en la conformación de vocaciones profesionales, operando en la formación especializada desde la adolescencia.

estudio profundo de la vida política en esas casas de altos estudios se vuelve indispensable para comprender las formas de sociabilidad de los grupos dirigentes.

2.3. Los *clubistas*: sociabilidades asociativas

Otra forma de sociabilidad en la vida de las élites políticas es la que tiene lugar en las asociaciones voluntarias. Clubes, círculos, centros y asociaciones son espacios en los que se institucionalizan y reproducen lazos de afinidad en torno a actividades culturales, deportivas, de ocio y de entretenimiento, y en ocasiones de sostén de identidad étnicas. La sociabilidad *clubista* reposa en un postulado de igualdad entre los miembros y en una ausencia de intereses que trasciendan explícitamente la convivialidad (Simmel, 1949; Blondiaux, 1988). En ciertos casos, ser miembro de una asociación implica participar de un colectivo con cierta homogeneidad, aunque esto está en función de la trayectoria *clubista* de los miembros, la existencia de una cultura de club y la intensidad de la vida asociativa (reuniones semanales, códigos de conducta, entre otros).

En este sentido, algunas asociaciones funcionan como entramados sociales sobre los cuales se crean o refuerzan vínculos de otra naturaleza. Generan una dislocación de las lógicas de las interacciones en relación con los escenarios en donde éstas tienen lugar, tal como acordar operaciones comerciales mientras se juega al golf o pactar estrategias políticas en los confortables salones del Jockey Club. Frecuentemente esa dislocación tiene un efecto positivo para el afianzamiento de los vínculos no *clubistas*, dando lugar a vínculos “desinteresados” de confianza.

En la Argentina, tras la Batalla de Caseros¹⁶ se abre un prolífico período de creación de asociaciones voluntarias dedicadas a actividades de ocio y esparcimiento de los grupos dominantes. Instituciones como el Club del Progreso –fundado en 1852–,¹⁷ el Jockey Club de Buenos Aires –1882–, el Círculo de Armas –1885–, el Círculo Militar –1880–, el Centro Naval –1882–, entre otros, tuvieron un papel significativo para la cohesión general de dichos grupos (sobre las tres primeras instituciones, ver Losada 2006). Estos clubes de alta sociedad conformaban un mapa de circuitos sociales integrados también por asociaciones culturales como el Ateneo de Buenos Aires, el Círculo Literario, la

¹⁶ La Batalla de Caseros (1852) enfrentó al Ejército de la Confederación Argentina liderado por el gobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas, con una coalición internacional liderada por el gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza. La derrota del primero supuso el fin de una etapa política argentina iniciada a fines de la década de 1820 y el inicio del proceso de Organización Nacional con la sanción de la Constitución Nacional de 1853.

¹⁷ El Club del Progreso posee instituciones hermanas en torno a las cuales se han aglutinado las altas sociedades provinciales, como el Club del Orden (Santa Fe) o el Club 20 de Febrero (Salta).

Academia de la Plata o la Academia Argentina de Ciencias y Letras. Estos círculos intelectuales vehiculizaron sociabilidades de carácter cultural en las que “debates de orden político fueron relegados en pos de focalizar la atención en las dinámicas culturales del país”, lo cual no excluía ni una preocupación hacia la cosa pública (Bruno, 2014: 17-18) ni la participación de políticos activos, entre ellos ministros de la Nación. Por ejemplo, en las filas del Círculo Literario hubo siete ministros, cuatro de ellos del gabinete de Nicolás Avellaneda.

El Club del Progreso supuso una transformación de las formas asociativas previas. Orientado al disfrute del tiempo libre, apuntó a superar las viejas disputas políticas, generando un grupo social y no una facción política (Losada, 2009: 143). Política y sociabilidad coexistían allí. Sus actas de fundación proponían “desenvolver el espíritu de asociación [...] conciliando en lo posible las opiniones políticas por medio de la discusión deliberada”. Concebido como un club político, entre sus socios se cuentan gran parte de los personajes que protagonizaron la vida política argentina hasta mediados del Siglo XX, entre ellos dieciséis presidentes constitucionales de la Nación.

La gravitación del Club del Progreso como aglutinador de élites políticas fue decayendo hacia la década de 1880, momento de transformación de las lógicas asociativas. Las numerosas instituciones fundadas en esos años establecieron una sociabilidad en el alto mundo social, priorizando las actividades de ocio orientadas a construir la distinción social de sus integrantes, excluyendo a la política por considerarla fuente de conflictos. Esto llevó a un lento y largo distanciamiento entre dicha sociedad distinguida y la práctica política (Losada, 2007). Empero, esto no significa la desaparición de la política entre las sociabilidades distinguidas, ya que ser dirigente del Jockey Club o del Club del Progreso constituían antecedentes importantes para las potenciales carreras políticas de los socios (Losada, 2009: 145).

El repaso de los nombres de los miembros de estas instituciones indica que perduró una suerte de homología estructural entre la alta política y la pertenencia a estas asociaciones, cristalización de la alta sociedad. Por ejemplo, cuatro de los ocho presidentes del Jockey Club entre 1882 y 1912 ocuparon la titularidad de carteras ministeriales. Esto contrasta con su historia posterior: luego de 1912 —y hasta el día de hoy— ningún presidente del Jockey Club fue ministro. Algo similar ocurre con el Círculo de Armas. Nueve de sus directivos se desempeñaron como ministros; seis de ellos antes de 1916. Por su parte, de los cincuenta y tres presidentes del Círculo Militar en toda su historia, nueve fueron ministros.

Más allá de los cuadros dirigentes de los clubes, consideremos a título ilustrativo el caso del Círculo de Armas, un club de esgrima, deporte con un alto efecto de distinción

social a fines del siglo XIX. La vida social de este círculo trascendía el mero ocio. “El animado corrillo de las tardes, las prolongadas veladas, coexistieron en él con la febril actividad de los negocios y con la agitada gestión de la política”, señalaba uno de sus presidentes. Frente a esta confluencia de intereses, la vida del club implicaba una moralidad propia, que colocaba la pertenencia al club por encima de las facciones: “En todos los momentos su clima sereno atemperó las pasiones, armonizó los intereses diferentes y contribuyó a despejar la prédica de los proselitistas, de sus errores y de sus excesos” (Círculo de Armas, 1985: 15-19).

En 1910, una reforma de su estatuto limitó la cantidad de socios a un máximo de 400. Esto reforzó el status de comunidad moral del reducido grupo de miembros del club. El carácter exclusivo y excluyente de la membresía al Círculo de Armas brinda mayor relevancia a las actuaciones políticas de sus miembros. En sus primeros cien años de historia (1885-1985), 106 socios del círculo encabezaron una cartera ministerial. Esto representa uno de cada seis ministros de la Nación entre 1854 y 2011. Más de la mitad de ellos fue ministro durante los primeros veinte años de existencia del club (1885-1905).

Con el triunfo de Hipólito Yrigoyen en 1916, el peso político de la alta sociedad fue declinando, y con ello se profundizó el distanciamiento entre alta sociedad y alta política. Sin embargo, en algunos períodos posteriores ambas esferas se reencontraron. Entre los golpes de Estado de 1930 y de 1943, la posición de familia y los clubes de pertenencia estuvieron entre los principales criterios de éxito en la carrera política (De Ímaz, 1964), en particular en los gabinetes de José Félix Uriburu y Agustín Justo (Losada, 2009: 192-3). En nuestros términos, *herederos* y *clubistas* recuperaron su presencia mayoritaria entre los elencos gubernamentales.

Esto se debe a que el distanciamiento entre ambos espacios sociales nunca fue absoluto, sino que las sociabilidades distinguidas continuaron cumpliendo un rol de soporte para la actividad política. A partir de 1916, en paralelo a la consolidación de un campo político autónomo, al cual le correspondería una clase política (dinámica e inestable), Marcela Ferrari (2008) resalta la incidencia que tuvo la inserción del personal político en asociaciones distintas de las estrictamente partidarias, como el Jockey Club, el Círculo de Armas, el Tiro Federal, el Yacht Club, el Club Hípico, entre otros. En efecto, el Jockey Club siguió convocando a individuos con trayectorias ministeriales: en la lista de socios activos del año 1982, hay cuarenta y dos casos de ministros de la Nación.

A partir de la década de 1960, se puede vislumbrar una transformación en las redes sociales donde circulan los ministros y, en general, el alto personal político. Aquellas dedicadas al ocio y al esparcimiento que perdurarán son emergentes de una lógica del

poder ya perimida. En su lugar, los principales clivajes en torno a los cuales se organizarán las sociabilidades de muchos de los ministros se desplazarán hacia espacios vinculados con las prácticas y los saberes profesionales.¹⁸ Una excepción es el Rotary Club de Buenos Aires, creado en 1919, que a partir de los años sesentas tuvo un creciente papel como club político. Además de los cinco presidentes del Rotary que también fueron ministros, por el ciclo de conferencias semanales pasaron varios ministros que, ya sea como socios o como invitados, lo dotaron a este espacio de un alto valor como escenario político.

2.4. Los *fieles*: sociabilidades religiosas

Hasta principios del siglo XX, el catolicismo no era un horizonte de sentido con incidencia determinante en el mundo político argentino¹⁹. Recién a partir de la década de 1920, la religión en general y el catolicismo en particular comenzaron a ser un clivaje político significativo. Esto fue posible por la constitución del dispositivo de catolicismo integral, como eje central del heterogéneo movimiento católico, cuyo fin era la cristianización de la sociedad argentina. Este dispositivo constaba de una serie de espacios más o menos institucionales, que cumplieron un rol de socialización y sociabilidad de los individuos, como los Cursos de Cultura Católica –1922–, la revista *Criterio* –1928– y la *Acción Católica Argentina* –1932 (Mallimaci, 1992).²⁰ De estos entramados emergieron *cuadros católicos*: agentes políticos socializados en un mundo religiosamente referido, muchos de los cuales lograron acceder a altos cargos en el Estado a lo largo de su trayectoria (Donatello, 2011: 281). La pertenencia a redes católicas fue un factor clave en sus trayectorias políticas. Las redes que operaron en este sentido no siempre fueron las mismas, y la incorporación de cuadros católicos no siempre significó un alineamiento con la jerarquía eclesial.

A partir de la década de 1940, la presencia de *fieles* en el Estado fue cada vez mayor, frecuentemente aprovechando ciertas ventanas de oportunidad para acceder y controlar determinadas dependencias estatales. En algunos casos, su paso fue

¹⁸ Gessaghi (2012) da cuenta de las transformaciones de los patrones de reproducción social de la “clase alta” en las últimas décadas, encontrando que existe una tensión (mas no oposición) entre la herencia familiar y la meritocracia profesional. Traducido a los términos de nuestro artículo, las trayectorias de acumulación de credenciales del tipo *heredero* y *clubista* son desplazadas a un segundo plano por la del *experto*.

¹⁹ Esto es cierto salvo algunas excepciones como Juan Cafferatta, Arturo Bas o José María Estrada, diputados que actuaron fuertemente en los debates de las llamadas “leyes laicas” de la década de 1880.

²⁰ Sobre una aproximación a los Cursos de Cultura Católica como ámbitos de sociabilidad, ver Zanca (2014).

transitorio; en otros, ejercieron un control durante largos períodos merced a la instalación de cuadros burocráticos propios.²¹ En este sentido, el golpe de Estado de 1943 fue largamente aprovechado por emergentes del dispositivo de catolicismo integral que asumieron como ministros (Gustavo Martínez Zuviría, Alberto Baldrich, Rómulo Echeverry Boneo y Orlando Peluffo). El tránsito de cuadros católicos hacia los elencos de gobierno se mantuvo en los primeros años de la presidencia de Juan Domingo Perón, con casos como Antonio Cafiero, Oscar Ivanissevich y José Figuerola.

En septiembre de 1955, el nombramiento de los activistas católicos Atilio Dell’Oro Maini, Mario Amadeo y César Bunge como ministros correspondió a la parte del león de los sectores del movimiento católico partícipes en el derrocamiento del gobierno de Perón.

Entre 1966 y 1970, el gobierno de facto de la revolución argentina reclutó numerosos funcionarios de vertientes identificadas con el imaginario nacionalista y católico. En virtud de las sociabilidades construidas en la militancia católica desde la década de 1940, y en las universidades confesionales a partir de 1957, lograron tejer redes que les permitieron confluir en el gobierno de Juan Carlos Onganía. La principal red era el Ateneo de la República, un club político de inspiración católica secularizado, cuyos miembros condujeron los ministerios del Interior, de Relaciones Exteriores y de Bienestar Social. Otras dos vertientes religiosas con llegada al gabinete fueron la organización tradicionalista Ciudad Católica y los Cursillos de Cristiandad, que hacia fines de la década de 1960 conformaron un entramado de intensa vida cotidiana religiosa que aglutinó militares y empresarios, y que fue clave en la generación, en el seno de los vínculos primarios (el medio doméstico, la parroquia, las amistades, los clubes), del clima propicio para el golpe del 24 de marzo de 1976 (Giorgi y Mallimaci, 2012).²²

Otra red política de *fieles* se constituyó en torno al Partido Demócrata Cristiano (DC), el intento más acabado de organizar un partido católico en la Argentina.²³

²¹ A modo de ejemplo podemos mencionar al Departamento Nacional del Trabajo (1907-43); la Secretaría de Industria y Comercio (1943-49); la Secretaría de Culto; así como las líneas medias y altas de las burocracias responsables de las políticas educativas, de las políticas socioasistenciales y de Cancillería.

²² Sobre el gobierno de facto de Onganía, Galván y Osuna (2014) han compilado un conjunto de trabajos muy relevantes para comprender la presencia en ese gobierno de fieles y de corrientes de pensamiento católico, entre otras cuestiones.

²³ Un dato que abona la tesis teórica de este artículo es el caso de la Unión Federal Demócrata Cristiana, un efímero partido de base confesional creado en mayo de 1955 y disuelto hacia fines de 1959. La Unión Federal aglutinó a cuadros católicos provenientes del nacionalismo y con un pasado

Con poco peso específico en el sistema de partidos, entre las décadas de 1950 y 1970 fue una importante escuela de cuadros políticos. Sin embargo, las personas allí socializadas en política accedieron al gobierno nacional a través de otras estructuras, partidarias y no partidarias. Un primer grupo participó en diversos elencos ministeriales entre 1955 y 1966, confluyendo en el gabinete de Frondizi (Arturo Coll Benegas, Rodolfo Martínez, Oscar Puiggrós). En el caso de estos *fieles*, la DC fue una estructura política derivada de redes preexistentes originadas en niveles intermedios del dispositivo de catolicismo integral, aunque tomando distancia de este. Otro grupo, para el cual la DC es el espacio de primera sociabilidad política en la década de 1960, llegó al gobierno en la presidencia de Carlos Menem (Erman González, Guido Di Tella, Juan Llach).

El caso de Llach remite a la fuerte propensión del heterogéneo movimiento católico a interesarse por la educación y a formar cuadros para accionar en esa materia. En efecto, una larga lista de emergentes de redes católicas se ha sucedido al frente del Ministerio de Educación: Oscar Ivanissevich, Atilio Dell’Oro Maini, Pedro Arrighi, Ricardo Bruera, Juan Llerena Amadeo, Carlos Burundarena, Carlos Licciardo, Antonio Salonia, Juan Llach. Esto representa el 30% de todos los titulares de la cartera de Educación desde su creación en 1949 hasta 2011.

Otra organización religiosa, perteneciente orgánicamente a la Iglesia Católica, el Opus Dei, tuvo algunos ministros: Rodolfo Barra y Gustavo Béliz, “cooperadores” de la obra, fueron ministros de Menem, y Roberto Echarte, supernumerario de la obra, fue secretario de Energía y luego ministro de Obras Públicas del Presidente Alfonsín.

2.5. Los *expertos*: sociabilidades profesionales

La actividad profesional es terreno fértil para la generación de vínculos asociativos de base disciplinar sobre los que se organizan formas de intervención experta en la arena pública. El expertise ha sido definido como la producción de bienes materiales y simbólicos, técnicamente fundados y ligados a una disciplina científica (Morresi y Vommaro, 2011). El rol que encarna esta tarea es el de *experto*, que requiere de credenciales legítimas que avalen la posesión de un expertise.²⁴ En este punto, las

de adhesión al peronismo, que no se sumarán a la DC. Tras su disolución, una parte importante de sus cuadros seguirán “haciendo política” ya no desde las estructuras partidarias, sino desde organizaciones como el Ateneo de la República (Fares, 2007).

²⁴ En este sentido, hace casi setenta años Robert Merton (1945: 407) sostuvo que los expertos, para ser dignos de la confianza de sus clientes, requieren que organizaciones del tipo de sociedades profesionales o universidades les otorguen las credenciales que garanticen su competencia en los temas de su expertise.

credenciales institucionales y los vínculos profesionales *débiles* son frecuentemente decisivos para el acceso a altos cargos públicos y privados.

Los *centros de expertise* económicos han sido materia de numerosas investigaciones (entre ellas, Camou, 1997; Heredia, 2006; Morresi y Aronskind, 2011). A partir de la dictadura militar de 1976 se consolida la escisión entre economía y política, traspasando a los expertos el control de la política económica (Heredia, 2006: 192-195). De esta manera, numerosos cuadros expertos insertos en estas redes de *expertise* accedieron a la gestión de la política económica nacional. Varios ministros construyeron sus credenciales expertas desde estos *centros de expertise*, para luego reconvertirlas en capital político. Entre los más importantes están la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (8 ministros), la Fundación Mediterránea (2 ministros) y el Centro de Estudios Macroeconómicos (1 ministro) (Camou, 1997).

Por otro lado, algunos *centros de expertise* asociados a las ciencias sociales también se constituyeron en arenas legítimas de acumulación de credenciales expertas políticamente acreditables. El Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) contó entre sus investigadores estables con tres futuros ministros de la Nación y varios altos funcionarios, mientras que en el Centro de Investigaciones Sociales sobre Estado y Administración (CISEA) revistieron dos ministros y otros tantos secretarios y subsecretarios.

Un caso interesante es el del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). Creado en 1978 con el objetivo de promocionar “la discusión y la divulgación de ideas concretas para la acción exterior argentina”, ha sido considerado el principal *think tank* de América Latina. En relación con los elencos de gobierno, CARI ha funcionado más como una red de salida y reconversión que como un espacio de proyección hacia posiciones de poder estatal. Los doce fundadores tenían experiencia previa en la alta gestión pública, cuatro de ellos ministros, todos durante gobiernos de facto. Desde su fundación, de las cuarenta y dos personas que conformaron el comité ejecutivo, catorce ocuparon una cartera ministerial.

Mientras las redes mencionadas implican una *expertise* en áreas temáticas específicas, en torno al programa *Eisenhower Fellowship* se constituye una red de especialistas en liderazgo. Desde 1959, el Instituto Cultural Argentino Norteamericano (ICANA)²⁵

²⁵ ICANA funciona desde 1927 con el propósito de “promover el intercambio cultural educativo entre los pueblos de Argentina y Estados Unidos”. Si bien sus principales actividades son de tipo educativas, tiene a su cargo la asignación de la Eisenhower Fellowship.

selecciona anualmente a una persona para que realice un programa personalizado de desarrollo profesional y de liderazgo en los Estados Unidos. Convertirse en *fellow* implica entrar en un circuito exclusivo de contactos, ya que la ostentación de una credencial –la pertenencia a una red legítima– opera como un generador de oportunidades.²⁶ De los cuarenta y ocho *fellows* argentinos, entre embajadores, periodistas, altos cuadros gerenciales y miembros de diversos gobiernos, encontramos nueve ministros de la Nación.

Otro tipo de sociabilidades expertas son aquellas que se establecen en torno a las asociaciones profesionales. Junto a la función reguladora de la práctica profesional, son espacios de sociabilidad profesional amplia y de obtención de credenciales expertas. Instituciones como el Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires o el Centro Argentino de Ingenieros han sido espacios de inserción profesional de numerosos altos funcionarios.

2.6. Los *patrones*: redes patronales

Las organizaciones patronales son aquellas que concurren a la representación de los jefes de empresas, otorgándoles existencia y una voz pública en tanto grupo social. Así institucionalizada, la acción patronal comprende un repertorio de acciones a través de los cuales buscan imponer sus intereses (Offerlé, 2009), por ejemplo el *lobby*, la movilización activa, el *lock-out*, etc., en general orientadas a influir sobre el reparto del poder gubernamental. Entre las estrategias posibles, algunos *patrones* (miembros de organizaciones patronales) integraron elencos de gobierno para gestionar sin mediadores la cosa pública.

En la Argentina, la Sociedad Rural (SRA) primero, y luego, la Unión Industrial (UIA) han sido las principales organizaciones patronales entre las que se reclutaron altos funcionarios, acompañadas en menor medida por la Cámara Argentina de Comercio (CAC) o la Bolsa de Comercio de Buenos Aires (BCBA).

Desde su fundación en 1866, la SRA se propuso representar los intereses del conjunto de propietarios rurales frente al Estado y a la élite política. Entre sus cuarenta y ocho presidentes encontramos ocho ministros de la Nación. Según diversos estudios, entre 1900 y 1943, más del 40% del total de las designaciones ministeriales recayó en miembros de la SRA, y doce de los catorce titulares de Agricultura en dicho período pertenecían a la SRA (Ansaldi, 1994: 18). Para el período 1955-1983, cuarenta y nueve socios de la

²⁶ A este respecto, es ilustrativo repasar los testimonios de *fellows* argentinos (cf. Latin American Brochure, 2008).

SRA ocuparon cargos públicos, entre ellos trece ministros (Palomino, 1988: 189-193). Al repasar el listado de socios de la SRA de 1932, encontramos veintisiete titulares de ministerios nacionales.²⁷

Creada en 1887, la UIA es la organización que nuclea a los grandes industriales argentinos, que cobran mayor protagonismo con el proceso de sustitución de importaciones desde la década de 1930. La UIA ha sido caracterizada como “un club político, formado por una fracción de la clase dominante”, los grandes empresarios, que no lograron constituirse en clase dirigente nacional (Schvarzer, 1991: 264-270). Sin embargo, la presencia de miembros y directivos de la UIA en distintos gabinetes muestra su capacidad como red de acceso directo al poder gubernamental. El momento de mayor circulación se dio entre 1955 y 1973, cuando de los cuadros directivos de la UIA se reclutaron doce ministros, la gran mayoría para las carteras económicas, sin contar secretarios y subsecretarios (Schvarzer, 1991: 208). Más cerca en el tiempo, José Ignacio de Mendiguren asumió como ministro de Producción (2002-03) tras renunciar a la presidencia de la UIA. A su salida del gobierno se refugió en la actividad privada hasta el año 2011, cuando logra ser electo nuevamente al frente de la UIA.

Entre 1955 y 1969, una característica recurrente en los gabinetes de los gobiernos de facto es que a la inicial mayoría de ministros socios de la SRA, le suceden rápidamente representantes de corporaciones industriales (UIA) y, en menor medida, comerciales (BCBA) (Niosi, 1974). El momento de mayor auge fue la presidencia de Arturo Frondizi (De Ímaz, 1964: 15).

Los perfiles de los *patrones* ministros se ha ido modificando de acuerdo a las características de los proyectos económicos de los sucesivos gobiernos que favorecían a uno u otro sector, y también en relación a la estrategia desarrollada por cada organización patronal. Por ejemplo, desde comienzos del Siglo XX los productores ganaderos vinculados a la SRA abandonaron la acción colectiva en pos de una estrategia individual de reclamo, mediante relaciones personales con las figuras de gobierno (Hora, 2009: 350-51).

²⁷ Son interesantes los casos de la Unión Provincial y de la Liga Agraria (1890-1923), experiencias que intentaron canalizar la representación política de los grandes ganaderos pampeanos a través de un partido político propio (Hora, 2006, y 2009: 127-158). Respecto del repertorio de acciones colectivas del sector, se trata de una estrategia relativamente excepcional.

El tipo e intensidad de la inscripción patronal y del compromiso con el sector económico representado aumenta o disminuye las ventanas de oportunidad para ingresar a cargos de gobierno. Algunos *patrones* ostentaban una pertenencia patronal formal, pero sin hacer de ello su *modus vivendi*. Otros eran empresarios abocados a la actividad económica y a la dirigencia sectorial, combinando los roles con similar dedicación. Un tercer grupo, muy frecuente, concentraba múltiples membresías a organizaciones patronales. La mayor diversificación en la representación patronal probablemente mejorara las posibilidades de devenir interlocutor político, ya que le permitía actuar como articulador entre varios espacios patronales y estatales.

A partir de la década de 1980 todo indicaría que el repertorio de acciones patronales se ha modificado, y con ello las redes y sociabilidades sobre las cuales movilizan sus intereses. Concretamente, la presencia de cuadros de organizaciones patronales en la alta función pública del Estado nacional ha disminuido, al menos en el cargo de ministro. En su lugar, se vuelve frecuente el paso de la alta gerencia empresarial a la gestión estatal sin una participación en la conducción de organizaciones patronales. Una posible explicación podría ser que la extensión del lobby individual por parte de los empresarios está en relación directa con el desmantelamiento de las capacidades de un Estado que pretendía ser corporativista en su vínculo con otros actores sociales (Beltrán, 2006: 203). De esta manera, la representación de los intereses patronales ha pasado a estar en manos no de las corporaciones patronales, sino de cuadros *expertos* en economía formados en redes internacionales de ciencias económicas, que realizaron carrera en el sector privado y que se convierten en portavoces de los actores privados. En todo caso, los patrones encuentran en los gobiernos a interlocutores afines a sus intereses, y por lo tanto prescinden de la estrategia de control directo.

Apuntes finales a modo de conclusión

En este artículo nos hemos propuesto poner de relieve la necesidad de incorporar el análisis de las bases relacionales de la política para estudiar las carreras de los agentes políticos. Lo doméstico, lo educativo, lo religioso, el ocio, el expertise y lo empresarial son factores usualmente considerados externos a la política. La apelación a lo “extrapolítico” nos ha servido como recurso argumentativo para cuestionar las fronteras que definen *in abstracto* una topografía de lo político y pretenden construir definiciones tajantes o esencialistas sobre este mundo de actividad. Ciertamente, hemos dado cuenta de la *politicidad* de diversos entramados sociales en los que

circulan los agentes políticos, distintos de los partidos políticos pero de insoslayable relevancia analítica. Para ello hemos rastreado la participación en un conjunto de sociabilidades y redes, emergentes como significativas y con cierta regularidad empírica, de agentes que en algún momento de sus trayectorias ocuparon el cargo de ministro del gobierno nacional en la Argentina.

Si bien este artículo comprende, *stricto sensu*, al conjunto de individuos que ocuparon la titularidad de un ministerio de la Nación, nos permite muñirnos de herramientas analíticas válidas para estudiar los distintos tipos de trabajos políticos que ocupan al personal político. La reencastración de las trayectorias de los políticos profesionales en los entramados sociales permite dar cuenta de la multiplicidad de intereses a los que están vinculadas, que desbordan las estructuras partidarias y los compromisos electorales. En esto consiste parte de la tarea de dar cuenta de las bases relacionales de la política.

A partir de los ministros hemos identificado algunas de las sociabilidades y redes que operan en torno a las trayectorias de estas fracciones reducidas del personal político. Los *herederos*, los *alumni*, los *clubistas*, los *fieles*, los *expertos* y los *patrones* son tipificaciones tentativas que remiten a las redes y sociabilidades significativas que transitaron los individuos que luego llegaron a los más altos cargos de gobierno. Esto brinda indicios de su relevancia en los derroteros de encumbramiento político. La confianza construida a partir de esos vínculos, débiles o fuertes, es la base sobre la que se acumula capital social, el cual los actores ponen en juego a lo largo de su trayectoria y, en ciertas oportunidades, logran reconvertirlo en recursos políticamente redituables a partir de ventanas de oportunidad muchas veces generadas por la reactivación de esas mismas sociabilidades. Estas redes y sociabilidades están presentes en la génesis de la acumulación de capitales y el individuo permanece allí inscrito durante toda su vida. Aquí, la noción de multiposicionalidad sirve para explicar muchos derroteros (Boltanski, 1973), en particular la salida de la actividad y la reconversión mediante el repliegue sobre esas mismas redes previas.

La reencastración de las trayectorias políticas remite a la dislocación de la frontera entre lo político, lo religioso, lo económico y lo cultural (Cucchetti, 2005). Que quede claro: este quiebre de los límites que obstaculizan el conocimiento de lo político es asunto de los investigadores; el sentido práctico de los actores suele ser menos respetuoso de las fronteras conceptuales.

En este punto retornamos a la definición de Max Weber de una acción políticamente orientada como aquella que busca influir en la distribución del poder estatal. Sobre esta noción, Bourdieu construye la idea de campo de poder como “el espacio de juego en el interior del cual los detentores de capital (de diferentes especies) luchan especialmente

por el poder del Estado” (Bourdieu, 1996: 10). Los intereses, representaciones, lógicas sociales y recursos movilizados que confluyen en la disputa por el control del poder del Estado desbordan a los partidos políticos en sí mismos. Los partidos son la forma legítima en que se ha institucionalizado la lucha política (Offerlé, 2004), pero –al menos en la Argentina– no mantienen un monopolio efectivo sobre la disputa del poder del Estado –sí sobre la disputa por los cargos de representación electoral. Otras lógicas intervienen, incluso, atravesando las luchas intrapartidarias.

Tanto la sociología política como la sociología de los partidos políticos requieren incorporar la dimensión extra político-partidaria para comprender más ampliamente las trayectorias políticas de los actores y los juegos que se producen al interior del Estado y de los partidos. Junto a un estudio de campos sociales específicos –como el trabajo de Joignant (2012) sobre el campo político–, debe emprenderse un análisis de los sistemas de relaciones entre los distintos mundos sociales y sobre las bases relacionales que los conectan. Esto no significa que lo político sea desplazado por lo social o lo económico, ya que lo político cobra relevancia como objeto de estudio en tanto no queda restringido ni a las instituciones políticas ni, incluso, al campo político, sino que las desborda y se entrelaza con dimensiones de otro orden. Todo esto sin diluir lo político (la afirmación “todo es político” equivale a negarlo), pero tampoco trabajando con definiciones *ex ante* la inmersión en los datos que toda investigación exige. Entonces, sin desautonomizar la práctica política, es necesario reencastarla en el entramado social en el que tiene lugar y del que es producto.

Sólo ampliando el conocimiento de las lógicas que determinan y condicionan las distintas carreras de los hombres y mujeres que se convierten en gobernantes se puede ponderar el peso de los partidos políticos, de los grupos de presión, de los círculos sociales y de los lazos de parentesco.

Referencias

- Agulhon, Maurice (1981). “Les associations depuis le début du XIXe siècle”, en Maurice Agulhon y Maryvonne Bodiglel (comps.): *Les Associations au village*. Paris: La Paradou.
- Ansaldi, Waldo (1994). “La interferencia está en el canal. Mediaciones políticas (partidarias y corporativas) en la construcción de la democracia en Argentina”. *Boletín Americanista*, n° 44, pp. 7-24.
- Beltrán, Gastón (2006). “Acción empresaria e ideología La génesis de las reformas estructurales”, en Alfredo Pucciarelli (comp.): *Los años de Alfonsín*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Bertrand, Michel (1999). “De la familia a la red de sociabilidad”. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 61, n°2, pp. 107-135.
- Bidart, Claire (2008). “Étudier les réseaux. Apports et perspectives pour les sciences sociales”. *Informations Sociales*, n°147, pp. 34-45.
- Blondiaux, Loïc (1988). “Les clubs: sociétés de pensée, agencement de réseaux ou instances de sociabilité politique?”. *Politix*, vol. 2, n°1, pp. 29-42.
- Bohoslavsky, Ernesto y Germán Soprano (2010). *Un estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo-UNGS.
- Boltanski, Luc (1973). “L’espace positionnel: multiplicité des positions institutionnelles et habitus de classe”. *Revue Française de Sociologie*, vol. 14, n°1, pp. 3-26.
- Bonvecchi, Alejandro y Javier Zelaznik (2012). “Recursos de Gobierno y Funcionamiento del Presidencialismo en Argentina”, en *Presidencialismo y parlamentarismo cara a cara. Estudios sobre presidencialismo, semi-presidencialismo y parlamentarismo en América Latina y Europa Meridional*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, pp. 63-102.
- Botana, Natalio (1998). *El orden conservador*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Botero, Felipe (2011). “Carreras políticas en América Latina. Discusión teórica y ajuste de supuestos”. *Postdata*, vol. 16, n°2, pp. 167-187.
- Bourdieu, Pierre (1996). “Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático”. *Sociedad. Revista de la Facultad de Ciencias Sociales*, n°8, pp. 5-19.
- Bourdieu, Pierre (1989). *La noblesse d’État: grandes écoles et esprit de corps*. Paris, Éditions de Minuit.
- Bourdieu, Pierre (1981). “La représentation politique”. *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 36, pp. 3-24.
- Bourdieu, Pierre (1980). “Le capital social”. *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 31, pp. 2-3.
- Bruno, Paula (2014). “Introducción. Sociabilidades y vida cultural en Buenos Aires, 1860-1930”, en *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*. Buenos Aires, UNQui, pp. 9-26.
- Calvo, Ernesto y Marcelo Escolar (2005). *La nueva política de partidos en la Argentina: Crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*. Buenos Aires, Prometeo.
- Camou, Antonio (1997). “Los Consejeros del Príncipe. Saber técnico y política en los procesos de reforma económica en América Latina”. *Nueva Sociedad*, n°15, pp. 54-67.
- Canal i Morell, Jordi (1993). “El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)”. *Siglo XIX, nueva época*, n°13.

- Cheresky, Isidoro (comp.) (2006). *La política después de los partidos*. Buenos Aires, Prometeo.
- Círculo de Armas (1985). *El círculo de armas en el centenario de su fundación: 1885 -Buenos Aires-1985*. Buenos Aires.
- Cox, Gary W (2004). *La coordinación estratégica de los sistemas electorales del mundo. Hacer que los votos cuenten*. Barcelona, Gedisa, 2004.
- Cucchetti, Humberto (2005). *Religión y política en Argentina y en Mendoza (1943-1955): lo religioso en el primer peronismo*. Buenos Aires, CEIL-PIETTE/CONICET.
- De Ímaz, José Luis (1964). *Los que mandan*. Buenos Aires, EUDEBA.
- De Luca, Miguel (2012). “Del Príncipe y sus secretarios. Cinco apuntes sobre gabinetes presidenciales en la Argentina reciente”, en Andrés Malamud y Miguel de Luca (coords.): *La política en tiempos de los Kirchner*, Buenos Aires, EUDEBA.
- De Luca, Miguel (2011). “Presidencialism”, en Bertrand Baide, Dirk Berg-Schlosser y Leonardo Morlino (eds.): *International Encyclopedia of Political Science*, California, Sage Publications.
- Déloye, Yves (2004). *Sociología histórica de lo político*. Santiago de Chile, LOM.
- Donatello, Luis (2011). “Del antiliberalismo al neoliberalismo. Del nacionalismo al comunitarismo: los ‘cuadros’ católicos en la Argentina del siglo XX”, en Germán Pérez, Oscar Aelo y Gustavo Salerno (comp.): *Todo aquel fulgor*. Buenos Aires, Nueva Trilce, pp. 281-291.
- Fares, María Cecilia (2007). *La Unión Federal. ¿Nacionalismo o Democracia Cristiana? Una efímera trayectoria partidaria (1955-1958)*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo-Astrea.
- Fernández Lalanne, Pedro (1989). *Los Uriburu*. Buenos Aires, Emecé.
- Ferrari, Marcela (2008). *Los políticos en la república radical: prácticas políticas y construcción de poder*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Ferrari, Marcela (2010). “Prosopografía e historia política. Algunas aproximaciones”. *Antítesis*, vol. 3, n°5, pp. 529-550.
- Forsé, Michel (2008). “Définir et analyser les réseaux sociaux”. *Informations Sociales*, n°147, pp 10-19.
- Freidenberg, Flavia (2011). “Presentación”. *Postdata*, Vol. 16, n°2, pp. 161-164.
- Freidenberg, Flavia y Steven Levitsky (2007). “Organización Informal de los Partidos en América Latina”. *Desarrollo Económico*, vol. 46, n°184, pp. 539-568.

- Galván, Valeria y Florencia Osuna (comp.) (2014). *Política y cultura durante el “Onganiato”. Nuevas perspectivas para la investigación de la presidencia de Juan Carlos Onganía (1966-1970)*. Rosario: Prohistoria.
- Gaxie, Daniel (2002). “Apréhensions du politique et mobilisations des expériences sociales”. *Revue Française de Science Politique*, vol. 52, n°2-3, pp. 145-178.
- Gaxie, Daniel (1983). “Les facteurs sociaux de la carrière gouvernementale sous la Cinquième République de 1959 à 1981”. *Revue Française de Sociologie*, vol. 24, n°3, pp. 441-465.
- Gaxie, Daniel (1980). “Les logiques du recrutement politique”. *Revue Française de Science Politique*, vol. 30, n°1, pp. 5-45.
- Gayol, Sandra (2007). “Sociabilidad”. En *Diccionario de Pensamiento Alternativo*. Buenos Aires, Biblos, pp. 234-235.
- Gessaghi, Victoria (2012). “La ‘clase alta’ en la encrucijada: ‘heredar la vajilla de San Martín’ o ‘hacerse profesionales’”, en Sandra Ziegler y Victoria Gessaghi (comp.): *Formación y reproducción de las élites: nuevas investigaciones en Argentina, Brasil y Francia*. Buenos Aires, Manantiales-FLACSO.
- Giorgi, Guido (2014). “Ministros y ministerios de la Nación: Un aporte prosopográfico para el estudio del gabinete nacional (1854-2011)”. *Apuntes, Revista de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico*, vol. XLI, n° 74, pp. 103-139.
- Giorgi, Guido y Fortunato Mallimaci (2012). “Catolicismos, nacionalismos y comunitarismos en política social. Redes católicas en la creación del Ministerio de Bienestar Social de Argentina (1966-1970)”. *Revista Cultura y Religión*, vol. VI, n°1, pp. 113-144.
- González-Bustamante, Bastián (2013). “Factores de acceso y permanencia de la Élite Política Gubernamental en Chile (1990-2010)”. *Política, Revista de Ciencia Política*, vol. 51, n°1, pp. 119-153.
- González Bernaldo de Quirós, Pilar (2004). “La ‘sociabilidad’ y la historia política”, en Panni, Erika y Alicia Salmerón (comp.): *Conceptualizar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador: homenaje*. México, Mora.
- Granovetter, Mark (1985). “Economic action and social structure: the problem of embeddedness”. *The American Journal of Sociology*, vol. 91, n°3, pp. 481-510.
- Granovetter, Mark (2005). “The Impact of Social Structures on Economic Outcomes”. *The Journal of Economic Perspectives*, vol. 19, n°1, pp. 33-50.
- Heredia, Mariana (2006). “La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de la política económica de Alfonsín”, en Alfredo Pucciarelli (comp.): *Los años de Alfonsín*. Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 153-198.

- Heredia, Mariana, Mariana Gené y Luisina Perelmiter (2012). "DOSSIER: Hacia una socio-historia del Gabinete Nacional". *PolHis*, año 5, n°9.
- Hora, Roy (2009). *Los estancieros contra el Estado. La Liga Agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Hora, Roy (2006). "Estado y política en el pensamiento terrateniente argentino de fines del siglo XIX: las ideas de la Liga Agraria". *Prismas*, n°10, pp. 55-77.
- Joignant, Alfredo (2012). "Habitus, campo y capital. Elementos para una teoría general del capital político". *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 74, n°4, pp. 587-618.
- King, Anthony (2002). "The Outsider as Political Leader: The Case of Margaret Thatcher". *British Journal of Political Science*, vol. 32, n°3, pp. 435-454.
- Laver, Michael (2006). "Legislatures and parliaments in comparative context", en Barry Weingast y Donald Wittman: *The Oxford Handbook of Political Economy*. New York, Oxford University Press, pp. 121-140.
- Levitsky, Steven (2003). "From labor politics to machine politics: The transformations of Party-Union linkages in Argentine peronism 1983-1999". *Latin American Research Review*, vol. 38, n°3, pp. 3-36.
- Lodola, Germán (2009). "La estructura subnacional de las carreras políticas en Argentina y Brasil". *Desarrollo Económico*, vol. 49, n° 194, julio-setiembre 2009, pp. 247-286.
- Lorenc Valcarce, Federico (2011). "Estado, elites y política. Lineamientos para un programa de investigación sociológica", en Germán Pérez, Oscar Aelo y Gustavo Salerno (comp.): *Todo aquel fulgor*. Buenos Aires, Nueva Trilce, pp. 241-251.
- Losada, Leandro (2012). "El mercado matrimonial de las familias tradicionales argentinas, 1900-1940. Algunas dimensiones y tendencias". *Secuencia*, n°182, pp. 129-151.
- Losada, Leandro (2009). *Historia de las elites en la Argentina. Desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Losada, Leandro (2007). "La alta sociedad y la política en la Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)". *Entrepasados*, vol. XVI, n°31, pp. 81-96.
- Losada, Leandro (2006). "Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: Los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)". *Desarrollo Económico*, vol. 45, n°180, pp. 547-572.
- Mahler, Matthew (2006). "Politics as a vocation: Notes toward a sensualist understanding of political engagement". En *Qualitative Sociology*, vol. 29, n°3, pp. 281-300.

- Mainwaring, Scott y Timothy Scully (2000): *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*. Stanford, Stanford University Press.
- Mallimaci, Fortunato (1992). “El catolicismo argentino desde el liberalismo integral a la hegemonía militar”, en *500 años de cristianismo en Argentina*. Buenos Aires, CEHILA-Centro Nueva Tierra, pp. 197-365.
- Mansergh, Lucy y Robert Thomson (2007). “Election Pledges, Party Competition, and Policymaking”. *Comparative Politics*, vol. 39, n°3, pp. 311-329.
- Marengo, André y Miguel Serna (2007). “Por que carreiras políticas na esquerda e na direita não são iguais? Recrutamento legislativo em Brasil, Chile e Uruguai”. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 22 n°64, pp. 93-113.
- Méndez, Alicia (2013). *El Colegio. La formación de una elite meritocrática en el Nacional Buenos Aires*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Merton, Robert K. (1945). “Role of the intellectual in Public Bureaucracy”. *Social Forces*, vol. 23, N°4, pp. 405-415.
- Morresi, Sergio y Ricardo Aronskind (2011). “Los expertos en economía y las ideas neoliberales”, en Sergio Morresi y Gabriel Vommaro (comp.): *Saber lo que se hace. Expertos y política en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo-UNGS, pp. 411-461.
- Morresi, Sergio y Gabriel Vommaro (comp.) (2011). “Introducción. Los expertos como dominio de estudio socio-político”, en *Saber lo que se hace. Expertos y política en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo-UNGS, pp. 411-461.
- Niosi, Jorge (1974). *Los empresarios y el Estado argentino (1955-1969)*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Offerlé, Michel (2009). *Sociologie des organisations patronales*. Paris, La Decouverte.
- Offerlé, Michel (2004). *Los partidos políticos*. Santiago de Chile, LOM.
- Offerlé, Michel (1999). *La profession politique, XIX^e-XX^e siècle*. Paris, Belin.
- Palomino, Mirta L. de (1988). *Tradición y poder: La Sociedad Rural Argentina*. Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi.
- Panebianco, Ángelo (1990). *Modelos de Partido*. Madrid, Alianza Universidad.
- Sartori, Giovanni (1992). *Partidos y sistemas de partidos: Marco para un análisis*. Madrid, Alianza.
- Schlesinger, Joseph A. (1975). “The Primary Goals of Political Parties: A Clarification of Positive Theory”. *American Political Science Review*, n°69, pp. 840-849.
- Schvarzer, Jorge (1991). *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*. Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi.

- Simmel, Georg (1949). "The Sociology of Sociability". *American Journal of Sociology*, vol. 55, n°3, pp. 254-261.
- Tilly, Charles (2010). *Confianza y gobierno*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Tiramonti, Guillermina y Sandra Ziegler (2008). *La Educación de las elites*. Buenos Aires, Paidós.
- Tissot, Sylvie (2004). "Les reconversions militantes", en Sylvie Tissot, Christophe Gaubert y Marie-Hélène Lechien (comp.): *Reconversions militantes*. Limoges, PULIM, pp. 9-17.
- Ware, Alan (1996). *Political Parties and Party Systems*. New York, Oxford University Press.
- Welsh, William (1970). "Methodological Problems in the Study of Political Leadership in Latin America". *Latin American Research Review*, vol. 5, n°3, pp. 3-33.
- White, Harrison (2000). "La construcción de las organizaciones sociales como redes múltiples". *Política y Sociedad*, n°33, pp. 97-103.
- Wolf, Eric (1990). "Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas", en Richard Banton (coord.): *Antropología Social de las sociedades complejas*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 19-39.
- Zanca, José (2012). "Los Cursos de Cultura Católica en los años veinte. Intelectuales, curas y 'conversos'", en Paula Bruno (dir.): *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*. Buenos Aires, UNQui, pp. 281-312.
- Ziegler, Sandra y Victoria Gessaghi (comp.) (2012). *Formación y reproducción de las elites: nuevas investigaciones en Argentina, Brasil y Francia*. Buenos Aires, Manantiales-FLACSO.

